

Hombre canción



María José
Trujillo Lemus

Mi padre fue hombre de mar, vivía en él, aunque estuviera lejos, y por eso ser su hija se sintió y se siente como la brisa fresca de la madrugada, como un atardecer en verano, como el primer vistazo de las olas al acercarse a la orilla.

Él fue mi maestro, mi mentor, mi protector y mi héroe. Me enseñó la vida y me permitió entreverla desde sus ojos, sus manos y sus oídos. Hoy quisiera hablar desde sus oídos:

Los amaneceres en casa siempre estuvieron colmados de canciones; conocimos Colombia sin mover un pie, escuchando las voces absolutas de las cantadoras de bullerengue, estremecemos nuestros sinsabores con los vallenatos agónicos de otros tiempos, ensamblamos el alma en el arpa llanera y redescubrimos la selva y el río con el crepitar de la marimba de chonta después de ser cazada.

Recorrimos el mundo, nos aventuramos en los chamamés, en los tangos, las milongas, el birimbao y el cajón. Encontramos la belleza impoluta de las canciones infantiles; nos enamoramos del son y del bolero, de la salsa y la plena, del sonido de la mirla y el sinsonte.

De esta manera mi padre nos convirtió en música, nos vistió de melodías y nos enseñó a llorar de alegría. Fue de esta forma que con él aprendí a bailar, me supe sus canciones favoritas y conocí la nostalgia de tiempos pasados, tan pasados que no me correspondían pero que hice míos y anhelé.

Mi padre fue un hombre mar, pero también fue un hombre dicha, un hombre risa, un hombre tambor. Sus ojos se iluminaban como los de un niño cuando lograba recordar acordes ocultos en su memoria, él vivió para la música y la música vivió en él. No podría haber sido diferente, su mente y su alma fueron fruto del compás de los pasos que dio, el arte, la literatura y la música lo acompañaron siempre y él, a su vez, nos colmó de ellas como si respirar fuera imposible en caso de que alguna faltara.

Hoy quiero celebrar los recuerdos, aquellas memorias que se desbordan dentro de mis bolsillos, todas las imágenes que tengo de sus manos cabalgando el cuero del tambor. Los vestigios de alegría que dejaba en mi piel cada vez que usábamos el mundo de escenario y bailábamos y reíamos sin importar quién estuviera viendo. Aquellos ojos que me miraron toda la vida con ternura y amor y que se emocionaban hasta las lágrimas toda vez que supimos acompañarnos en una melodía.

Hoy celebro su vida, su herencia y el haber tenido como padre a un hombre canción. ○